

R. Muñoz
Suay

Fragmentos de una clandestinidad permanente

TAL vez fue mi generación y no sólo en España sino en otros muchos lugares la que ha vivido más años de clandestinidad. Me refiero a los que integramos desde los primeros años de la década de los treinta la entonces llamada "vanguardia estudiantil". Permanecer a los grupos, con frecuencia minoritarios, del **estudiantado revolucionario** llevaba consigo el paso habitual de la legalidad a la clandestinidad. Si ahora debo reflexionar sobre mi vida política —que, en realidad, nunca fue una excepción en aquellos tiempos— debo reconocer que desde casi siempre estuvo marcada por un proceso que iba deteriorando poco a poco y sin ser consciente de él, el sentido real de la vida. A mí, como a tantos otros, ese proceso de vivir en una permanente clandestinidad me obligó a una singlatura biológica en la que no sólo dejé en más de una ocasión el pellejo sino que me orientó hacia una mecanización política que me separó, más de una vez, de la Historia, pese a que uno creyó siempre que la íbamos transformando a nuestro modo.

"Entré" en la clandestinidad desde muy joven, cuando todavía estaba en los últimos cursos del bachillerato. Por otra parte debo confesar que mis recuerdos familiares —a los seis años conocí a la Guardia Civil llevándose de mi casa a mi padre— establecen una continuidad que me condujo, como la más natural, al ingreso en el Partido Comunista (en aquel 1932 éramos tan pocos en Valencia que la organización juvenil no tenía organismos independientes de la de los adultos). Muy pronto conocí cierta clandestinidad pues con el triunfo derechista de las elecciones de 1933 los comunistas debíamos iniciar trabajos que si bien en aquellos tiempos republicanos no eran peligrosos sí rozaban esas zonas en las que ciertas actividades "no legales" iban configurando nuestra mentalidad. La revolución de octubre de 1934 nos movilizó a los dirigentes en Valencia, aunque el reflejo de ella en la ciu-

dad fue escaso. Ya a partir de aquel año, hasta las elecciones de 1936, nuestras actividades se desdoblaron y la vida legal en la Universidad conllevaba (entre detenciones, registros y reuniones subterráneas) esa otra vida que iba formándose dentro de cada uno de nosotros: la ilegalidad como una forma más de nuestra "misión revolucionaria", de nuestro diario enfrentamiento con el Fascismo.

La terrible guerra civil, en los primeros momentos vivida como un gran caos repleto de acontecimientos y en los que la rotura con muchas costumbres tradicionales no era sino una puerta que se abría a la gran aventura, nos movilizó con las armas en la mano "contra el Fascismo", sublevado militarmente contra esa misma República con la que, entonces, tampoco estábamos de acuerdo. Pero esa guerra significó el abandono de nuestras actividades semiclandestinas y el inicio no sólo de una completa legalidad sino la ocupación de la dirección política del país.

La guerra, en mi zona republicana, fue vivida por los que nos habíamos convertido en "líderes" estudiantiles como una gran aventura "legal" que nos iba a conducir a la victoria del Partido (por encima de otras consideraciones bélicas). Pero unos veintitantos días antes de la derrota final, ya tuve que buscar refugio, más o menos clandestino, huyendo de la furia de los "casadistas". No fui todavía consciente de que esa transitoriedad iba a adquirir en pocas semanas una vivencia adherida constantemente al esqueleto de uno, como forma de huir, como forma de permanecer en la vida y en la lucha, como transformación de la naturaleza de un joven que ya no fue ni joven ni de una sola pieza, desdoblado diariamente por las exigencias de la clandestinidad.

En el puerto de Alicante, en abril de 1939, ya cercados por los franquistas, asistí como representante del Comité Nacional de las Juventudes

Socialistas Unificadas a una reunión de la dirección central del P. C. E. Se debatió, en esa atmósfera de la derrota, la rendición o la resistencia. Se optó por la entrega sin lucha y a partir de ese instante en el que las muertes violentas, voluntarias o no, nos aproximaban a la realidad dramática circundante, fui consciente de que tenía que escapar de una inevitable sentencia mortal. Ya en el Campo de Concentración de Albatera todavía pudimos algunos cuadros de la dirección estudiantil cambiar impresiones sobre nuestros destinos. El mío, tras varias semanas de pasar inadvertido cada vez que las delegaciones falangistas nos visitaban para descubrir a los sañudamente buscados, logré jugando una vez más con el transformismo físico (hacia tres meses que había regresado de Norteamérica y unas espléndidas hojas de afeitar me rejuvenecieron adecuadamente) y con el falseamiento de la documentación legal abandonar aquel campo que por razones de avituallamiento y de seguridad ya no podía albergar a los excesivamente viejos y a los todavía menores de edad.

Al salir de Albatera, en un tren de vagones de ganado, desvencijado y repleto de refugiados famélicos, opté por acercarme a Valencia donde vínculos familiares me ofrecían seguridades inmediatas. Los pocos kilómetros del recorrido fueron cubiertos en cerca de veinticuatro horas. Cuando llegué a la estación valenciana y al enfrentarme con una muchedumbre distinta a la que durante la guerra había conocido, un reflejo probablemente equivocado me obligó a ponerme unas gafas de sol. Al poco entré en una casa familiar que abandoné la misma noche para buscar otra más segura en la que permanecí un año al cabo del cual entré en otra en el que unos camaradas me habían construido, ladrillo a ladrillo un buen refugio. Cinco años pasé en esta otra casa familiar. Creo que en el primer año de



Foto de Muñoz Suay y Ramón Piñeiro, dirigente galleguista, en la prisión de Yeserías de Madrid, 1948.

mi vida monacal los contactos con el exterior sólo fueron conducidos por familiares. Desde el primer día lo que más me preocupaba era conocer la situación de los compañeros, sin pensar todavía en una reorganización del aparato conspirativo pero sí con la seguridad de que a la larga habría que iniciar el trabajo clandestino que, por otra parte, no podía durar mucho tiempo porque el fin de Franco no iba a tardar (según los pesimistas, entre los que yo militaba, iban a ser unos diez años todo lo más).

De mayo de 1939 a junio de 1945, como una débil tela de araña fuimos tejiendo de unas casas a otras y, más adelante, de una ciudad a otra, los contactos. En los dos primeros años de la posguerra, sólo con la ayuda personal y física de dos compañeros, logré no sólo conservar el anonimato sino que pudimos con elementales y primitivos aparatos de "ciclostil", construidos por nosotros mismos, editar algunos números de "La verdad", órgano del PC valenciano y alguna otra publicación a las que titulábamos con etiquetas "patrióticas". Recuerdo que en aquella especie de vida inmóvil, inmerso en la campana neumática de mi escondite, que se prolongó durante seis años, nuestro pequeño núcleo resistente que, poco a poco, se fue ampliando, siempre débilmente, logró transformarse en una tímida dirección estudiantil. La caída en manos de la policía de uno de mis dos asiduos colaboradores no nos obligó a cambiar de refugio ni cortar unas actividades que en aquella época no dejaban de ser arriesgadas.

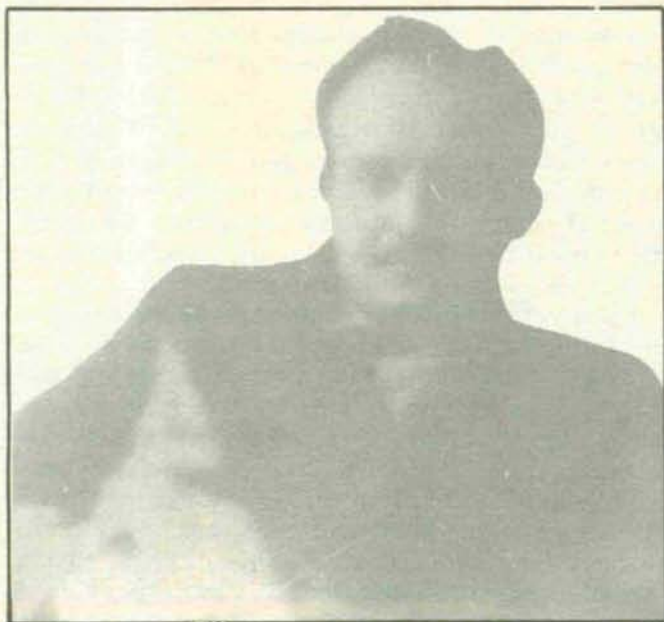


Foto "clandestina" hecha en 1940 y que debía servir a Muñoz Suay para su documentación "legal".



Jorge Semprun y Ricardo Muñoz Suay en una mesa literaria (1980).

La vida de "topo" imprime al que la vive unas características especiales. Las cuatro paredes del encierro poseían una permeabilidad voluntaria que no tienen las de una prisión impuesta. Y el problema era la transformación que se sufría al enfrentarse uno con una sociedad que o se adivinaba o se inventaba, pero que ya era vivida teóricamente. La lectura me ocupaba muchas horas diarias. Si por una parte los libros ayudaban a conservar la actividad intelectual, eran los periódicos, devorados diariamente, los que se analizaban para descubrir en ellos las claves de la esperanza. Pero, sobre todo, era la información oral de los compañeros, no siempre aceptada pero sí siempre buscada y exigida, la que contenía más interés. Conocer la suerte de los amigos y compañeros, verificar los comentarios de la calle y, en especial, interpretar los testimonios, en esos años en los que la represión era terrible, nos obsesionaba. La vida personal, las incidencias íntimas, se doblegaban a la vida "misional" dando poco margen a las emociones particulares.

Desde mi escondite íbamos intentando reconstruir, pero las celdillas de la colmena ideal en muy pocas ocasiones eran habitadas por activistas, temerosos con razón por una parte y aislados otros del contexto nacional y preocupados por sus situaciones económicas.

En 1945, ya establecida una frágil organización estudiantil (la U.F.E.H., organismo nacional de las F.U.E. locales, mantenido por nosotros dada nuestra "legalidad" orgánica desde 1935) y en una reunión celebrada en mi escondite con miembros venidos de fuera, se decidió el que yo, con todas las documentaciones "legales" que me consiguieron los camaradas del Partido, me trasladara a Madrid. El viaje, en un W. L., acompañado de un familiar, al cabo de seis años de inactividad física, no fue nada cómodo, aparte del control policiaco de los viajeros que no tuvo mayores dificultades que el sobresalto previsto.

Madrid, en aquel verano de 1945, con la victo-

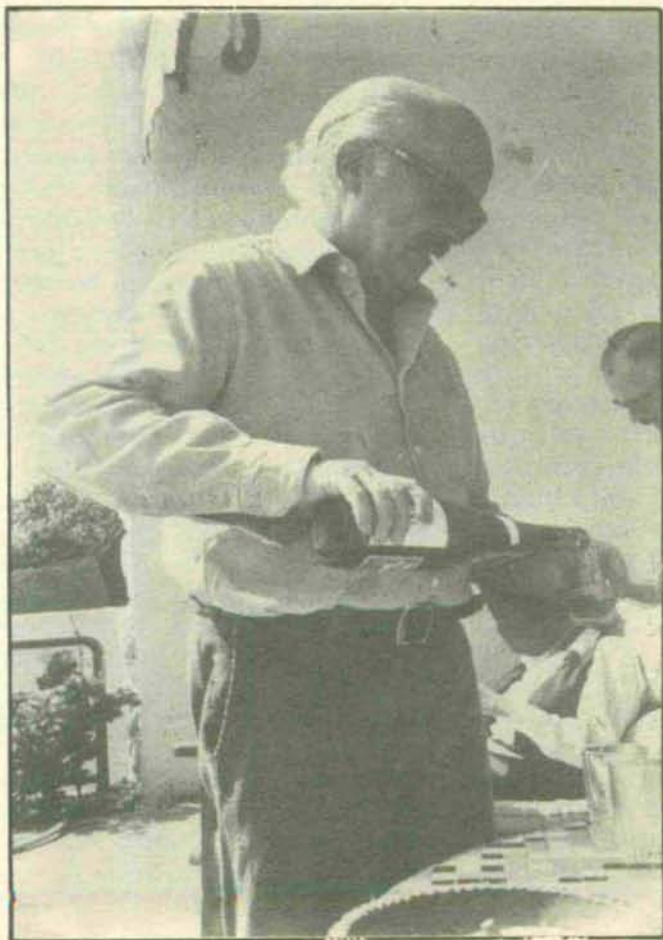
ria de los aliados y la esperanza de los antifranquistas callejeando, pronto me fue, de nuevo, familiar. Fue una época en la que, viviendo en diversas casas, los contactos con otros clandestinos del Partido menudeaban y casi siempre, con obstinada torpeza, se celebraban en el Parque del Retiro. Fue en aquellos meses cuando al caer la dirección encabezada por Zapirain y Santiago Alvarez, tuve que refugiarme en casa de un conocido dirigente estudiantil del sindicato franquista, el S.E.U. En los primeros meses de 1946, por otra parte, celebramos una reunión "nacional" de la U.F.E.H. En realidad más que organizaciones teníamos en algunos lugares del país delegados, casi siempre antiguos militantes de la federación universitaria. Casi todos ellos, y nosotros mismos dirección nacional, estábamos alejados, por unos u otros motivos, de los centros de enseñanza y poco conocedores de la vida universitaria que iba desarrollándose por cauces muy distintos de los que vivíamos los profesionales de la clandestinidad. Sin embargo, dentro de unos límites no extensos, fuimos creciendo. En Septiembre de 1.946 cayó un compañero que vivía en Córdoba y que para eludir ante la policía sus vinculaciones con la guerrilla andaluza confesó sus enlaces estudiantiles con Madrid. En pocos días fuimos cayendo uno tras otro los componentes del Comité Nacional de la U.F.E.H. Varios años de cárcel vinieron a sumarse a los de la ocultación. Ahora era en la cárcel —en aquellas cárceles franquistas todavía perduraban las ejecuciones, aunque más esporádicas— en las que tuvimos que volver a ciertas prácticas conspirativas y clandestinas, para proseguir la vida política fuera del alcance de los funcionarios de la prisión.

Cuando volví a la calle juzgué que mi "caída" en el 46 había sido debida, entre otras razones, a mi situación de "permanente" y que mis reacciones diarias habían estado constantemente acompañadas por preocupaciones motivadas por la constante clandestinidad. Había que iniciar otra etapa y la calle y la consolidación franquista me aconsejaban adquirir una profesión. Fue el cine la que escogí por vocación y por facilidades. Y a partir de esa opción fui un profesional cinematográfico por una parte y a partir del verano de 1.953 otra vez un clandestino, ya habituado a esa ambivalencia.

En el verano del 53 fue el inicio de mi clandestinidad más intensa. Llegué a París el 14 de julio y pronto fui detectado por la dirección del P.C.E. y casi inmediatamente volví a ver, tras cerca de 15 años de separación, a los que durante toda la guerra civil habían sido mis compañeros en la Juventud. En un comedor de uno de esos hogares franceses que a partir de entonces me fueron tan familiares, tras varias jornadas de mutua información, Santiago Carrillo me presentó, por su verdadera identidad, a Jorge Semprun. Quedamos Jorge y yo citados

para unas semanas más tarde en Madrid. Y así iniciábamos la no siempre fácil tarea de ir agrupando a los intelectuales comunistas. Partiendo de un núcleo constituido por gentes más o menos vinculadas al cine, fuimos desparrramando nuestra actividad. Muy pronto se desgajó de nuestro núcleo primitivo el sector universitario que representó poco tiempo después un papel muy destacado. Las tareas nuestras, por otra parte, ya no fueron sólo las derivadas de la captación sino las de ampliar la presencia del Partido entre los medios intelectuales, preferentemente literarios y cinematográficos. Y, de vez en cuando, una "caída" en Madrid o provincias ponía en tensión los dispositivos clandestinos y en ocasiones el consabido traslado a otra casa más segura.

El tiempo, la influencia del Partido entre los intelectuales (menos efectiva su riguroso término orgánico pero suficientemente consistente en el ambiental) fueron debilitando en muchos casos la rigurosa vida clandestina y en más de una ocasión se entremezclaban problemas personales con los políticos. Pero lo que sí era cierto para mí es que cada día debía dedicarme a mi profesión y, al mismo tiempo, a las labores del Partido. Los viajes al extranjero, debidos a necesidades profesionales, contribuían a establecer contactos con las direcciones de nuestro Partido y con algunas de los "hermanos".



Ricardo Muñoz Suay, en la actualidad.

Hasta 1962 fui miembro del organismo dirigente de los trabajos del Partido entre los intelectuales. Y además de tareas de organización redactábamos informes, textos para nuestras publicaciones y para la radio, etc. Además de mis "relaciones públicas" con personalidades no comunistas. Fue una época en la que el Partido de una u otra forma estaba presente en muchas ocasiones e, incluso, en bastantes acontecimientos. El núcleo de Madrid tendió ramificaciones en otros lugares y aunque "las condiciones objetivas" eran las que mandaban, la verdad es que nuestra organización distaba mucho de los modelos clandestinos de otros países que habían sufrido las ocupaciones nazis. Entre nosotros siempre existían, como es natural, bastantes flexiones y no pocos problemas personales.

En 1962, *cansado* pedí libertad para mí y *dimití* de mi cargo, de bastante responsabilidad. Una serie de acontecimientos personales, profesionales y, sobre todo, *subjetivos* —calificación en la época bastante herética— me condujeron al alejamiento del Partido. Hecho que, como era de esperar, desencadenó una serie de difamaciones, de excomuniones y de reacciones personales y poco políticas. Pero mi decisión fue firme. Yo había iniciado mi alejamiento de la clandestinidad influido sobre todo por problemas no enteramente políticos, pero a medida que transcurrían las semanas y ya inmerso en esa espiral a la que nos conducen nuestras herejías bajo el martilleo incesante de los ortodoxos, pude ir liberándome de una serie de mitos y, sobre todo, me liberé de ese caparazón que treinta años de militancia y muchos de clandestinidad habían sepultado no sólo mi carácter sino mi propia vida. A partir de 1962, ya atrás la larga y pesada clandestinidad, inicié otra etapa en la que liberado de tantas trabas, seguí —sin ningún lazo orgánico— mi compromiso con la sociedad. Fue entonces cuando pude reflexionar y alcanzar lo que tantas veces suponía una terrible realidad: habíamos sido muchos, muchísimos, los que en nuestra época habíamos entregado mucho a un sistema que era sencillamente una espantosa tiranía. El XX Congreso soviético no fue sino la cristalización de algunas dudas relampagueantes que pronto disipábamos. Pero algún tiempo después ya fueron muchas las desazones que sufríamos. Romper con la propia vida de uno no me ha sido nada fácil.

En otros papeles escribí, hace unos años, que las crisis del intelectual-militante desembocan, en muchos casos, «en el binomio más perfecto intelectual-comprometido, posición que permite una independencia generadora no sujeta a la "praxis" partidista.» Pero lo terrible en esta terrible España es que seguimos abocados a situaciones que en cualquier momento nos pueden convertir, de nuevo, en clandestinos. Y mi vocación clandestina, de verdad, ya hace veinte años que me la saqué de encima. ■ R. M. S.